

Mínima antología de textos sobre Epicur

(a càrrec de Ramon Alcoberro)

La saviesa epicúria

A. J. Festugière: *Epicuro y sus dioses*, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1979 (3a ed.), p. 8-9.

El hombre quiere ser feliz. Pero lo que pone trabas a su felicidad es el temor y el deseo. El deseo, porque es infinito y por lo tanto media siempre un abismo entre el objeto que se propone y el que alcanza. El temor porque turba la paz del alma. Es preciso, pues, examinar nuestros deseos, distinguir lo que corresponde a exigencias de fondo y los deseos adventicios que ha hecho nacer la vida social. Desde este punto de vista se comprueba que los deseos naturales y necesarios son pocos y que bastan los bienes más simples para satisfacerlos. Después es necesario expulsar el temor. Vivimos aterrorizados por los dioses y la muerte. Pero los dioses no son de temer pues no se cuidan en absoluto de las cosas humanas. Por lo mismo se elimina el temor de la muerte. Pues en el fondo lo que se teme en la muerte no es la muerte misma; sobre este punto el griego es modesto: se sabe mortal, conoce la distancia que lo separa de la condición de los dioses y le parece presuntuoso contar con una duración infinita. No, lo que se teme en la muerte son las secuelas de los castigos del Hades. Pero si los dioses no se cuidan de nuestros asuntos, es absurdo creen en un juicio póstumo. Además toda conciencia desaparece en el momento en que la vida nos abandona. Toda conciencia y, por tanto, toda capacidad de sufrir.

Así, liberado de los vanos deseos y del temor, el hombre es libre. Pero esta libertad no se logra sin renunciamentos, y una de las primeras cosas a las que el epicúreo debe renunciar es la acción política. La razón es clara. El hombre no se compromete en los negocios públicos sino por deseo de poderío, riquezas u honores. Pero estos tres deseos nos ponen bajo la dependencia de los hombres y de la Fortuna y turban la paz del alma. Si esta paz es el bien supremo, merece cualquier sacrificio: y la primera condición para obtenerla es vivir ocultamente lejos del tráfico, al abrigo de la multitud.

La natura humana

Jean Salem: *Tel un dieu parmi les hommes: l'éthique d'Epicure*, Ed. Vrin, París, 1994, p. 130. Traducció de Ramon Alcoberro.

[...] la natura humana que evoca Epicur no és, al cap i a la fi, res més que una de les formes i figures innombrables sota les quals apareix la natura còsmica en el seu conjunt, alhora fundada en el àtom i el buit. El caràcter particular de l'home consisteix en el fet que ell pot,

en virtut de la llibertat de servir-se de la seva voluntat, faltant en el seu mode de vida a allò que és conforme a la natura (Reimar Miiller) i la tasca de la filosofia consisteix a recordar els fonaments veritables de la natura humana, per tal de restablir l'harmonia natural. L'home és aquell animal que, com deia Cocteau dels miralls, guanyaria si reflexionés abans[...] Convé, doncs, viure conscientment, exactament com es viuria segons les lleis de la natura i sense les lliçons apreses (fragment Usener, 398), com si mai haguéssim estat tocats per les passions socials, enganyats pels mots erronis que vehicula tan generosament la doxa, com si no estiguéssim alienats a la nostra natura i a la possibilitat de conèixer.

El problema de la mort

Geneviève Rodis-Lewis: Epicure et son école, Ed. Gallimard-Folio, Paris, 1993 (2a ed.) p. 120 -134. Traducció de Ramon Alcoberro.

La por a la mort uneix el màxim de certesa i el màxim d'incertesa: inevitable com a fet, n'ignorem el moment i les circumstàncies. L'anticipació incontrolada funda l'aprensió i nodreix la fabulació. Totes les civilitzacions marquen a través de rituals funeraris, que el cadàver no és com una despulsa per llençar. La mort apareix com a separació del cos, que resta inert i es descompon, i amb una «ventada» ens preguntem on ha passat. Epicur no trenca completament amb aquesta representació ordinària dels grecs, perquè distingeix el cos i l'ànima, malgrat llur constitució igualment material. L'ànima està composta per àtoms més subtils: és sempre «a partir de sensacions i afeccions» que s'estableix «la nostra convicció més ferma», diu la Carta a Heròdot (63). Lucreci reprèn l'expressió i l'associa directament al que s'observa en la mort: S'escapa, en efecte, dels moribunds, una lleugera ventada barrejada amb calor [...]

La mort que aboleix la sensibilitat ens deslliura de tot dolor. I la pena del traspàs no és més terrible que altres patiments breus o lleugers: Gairebé sempre es fa sense que en tinguéssim consciència, i sovint àdhuc amb plaer (una sensació de desmai que podria ser un agradable alleujament si ens hi abandonéssim per comptes de resistir a l'angoixa) i això passa en un instant, diu Ciceró que reprèn amb quasi total seguretat un argument d'Epicur.

La Il·lustració llegeix Epicur

Diderot: Article «Epicureisme», de l'Encyclopédie, Dins José Manuel Bermudo (ed.): La historia de la filosofía en la Enciclopedia. Ed. Horsori, Barcelona, 1987 (2 vols.), vol II, pp. 44-61.

La escuela eleática dio origen a la escuela epicúrea. Jamás filosofía alguna fue menos entendida y más calumniada que la de Epicuro. Se acusó a este filósofo de ateísmo, aunque admitiera la existencia de los dioses, frecuentara los templos y no tuviera ningún reparo a posternarse al pie de los altares. Se le consideró como el apologista del desenfreno, a él, para quien la vida era una práctica continuada de todas las virtudes y, sobre todo, de la templanza. El prejuicio fue tan general que es preciso reconocer, para

vergüenza de los estoicos, que emplearon todos los medios para propagarlo, que los epicúreos han sido las personas más honestas que han sufrido la peor reputación (...)

Moral La felicidad es el objetivo de la vida; es la confesión secreta del corazón humano; es el evidente fin de las acciones, incluso de aquellas que se alejan de ella. El que se mata, mira la muerte como un bien. No se trata de reformar la Naturaleza, sino de dirigir su inclinación general. El mal que le puede ocurrir al hombre es ver la felicidad donde no existe, o verla donde efectivamente está pero errar en los medios de obtenerla. ¿Cuál será, pues, el primer paso de nuestra filosofía moral, si no es el de buscar en qué consiste la verdadera felicidad? Que este importante estudio sea nuestra actual ocupación. Ya que queremos ser felices desde este momento no dejemos para mañana el saber qué es la felicidad. El insensato siempre se propone vivir y no vive nunca.

Solo les es dado a los inmorales el ser sumamente felices. En primer lugar hemos de evitar la locura de olvidar que no somos más que hombres. Puesto que desesperamos de llegar a ser tan perfectos como los dioses que nos hemos puesto de modelo, decidámonos a no ser tan felices como ellos. Porque mis ojos no penetren en la inmensidad de los espacios ¿desdeñaré abrirlos a los objetos que me rodean? Estos objetos llegarán a ser una fuente inagotable de voluptuosidad si sé gozar de ellos o ignorarlos. La pena es siempre un mal, la voluptuosidad un bien, pero no hay voluptuosidad pura. Las flores crecen a nuestros pies, y, por lo menos, es necesario inclinarse para cogerlas. Sin embargo ¡oh, voluptuosidad!, solo por ti hacemos todo lo que hacemos. No es, jamás, a ti a quien evitamos sino a la pena que a menudo te acompaña. Tú calientas nuestra fría razón. De tu energía nacerá la firmeza del alma y la fuerza de voluntad. Eres tú quien nos mueve y nos transporta; y cuando recogemos flores para formar un lecho a la joven belleza que nos ha fascinado; y cuando desafiando el furor de los tiranos, nos convertimos, cabeza baja y ojos cerrados, en toros bravos, es ella quien lo ha engendrado.

Marx Ilegeix Epicur

Francisco Fernández-Buey: Marx sin ismos, Ed. El Viejo Topo, Barcelona, 1998, p. 47.

Marx lee a los clásicos griegos y latinos con atención historiográfica y polémica. Prefiere a Epicuro por lo que moral y filosóficamente considera que tiene todavía que decir a los hombres de una época cronológicamente muy alejada de la suya: el valor del clásico es haber sabido envejecer.

Marx subraya la tesis que Epicuro fue el más grande ilustrado griego. Buscó y encontró una fundamentación común de la física (o filosofía de la naturaleza) y de la ética (o filosofía moral) epicúreas en la autoconciencia singular caracterizada como posibilidad abstracta de libertad. Por eso concede Marx una particular importancia al concepto de clinamen o declinación de los átomos esbozado por Epicuro y desarrollado luego por Lucrecio. La condición de posibilidad de desviación de los átomos de su trayectoria es a la vez condición de posibilidad de la libertad y, en cuanto tal, posibilidad de superación de la necesidad. Frente al determinismo de la necesidad, Marx se atiene a la afirmación epicúrea de que la necesidad es un mal pero no hay ninguna necesidad de vivir en la necesidad. Romper las ataduras de la necesidad es el prerequisite de la independencia del sabio, del sujeto

humano autoconsciente y la única garantía de felicidad. Se podría decir que en este primer escrito filosófico del joven Marx a propósito de Epicuro se superponen, como en un jardín, sin problematizarlos, materialismo ontológico e idealismo práctico, moral.

[...] Marx relacionaba abiertamente el carácter crítico de la filosofía epicúrea con el mito de Prometeo e, implícitamente con la contemporánea batalla de los jóvenes hegelianos contra la religión oficializada de Alemania. De ahí que haya puesto tanto énfasis en la sentencia contenida en la carta de Epicuro a Meneceo: No es impío quien niega a los dioses de la mayoría, sino quien atribuye a los dioses las opiniones de la mayoría.

K. Marx: Diferencia de la Filosofía de la naturaleza en Demócrito y Epicuro. (tesi doctoral). [Hi ha dues edicions castellanes] del text: Ayuso i Crítica-Grijalbo, exhaurides. El text que transcriu és el d'Ayuso amb modificacions.]

La filosofía, mientras una gota de sangre haga latir su corazón absolutamente libre, dominador del mundo, declarará a sus adversarios junto con Epicuro: No es impío aquel que desprecia a los dioses del vulgo, sino quien se adhiere a la idea que la multitud tiene de los dioses. [*Carta a Meneceu*]

La filosofía no oculta esto. La profesión de fe de Prometeo: «En una palabra, yo odio a todos los dioses», [Esquil, *Prometeu encadenat*, v.975] es su propia confesión, su lema contra todas las deidades celestiales y terrestres que no reconocen la autoconciencia humana como la divinidad suprema. Junto a ella no puede haber ninguna otra. Pero a los despreciables individuos que se regocijan de que en apariencia la situación civil de la filosofía haya empeorado, esta, a su vez, les responde lo que Prometeo a Hermes, mensajero [también: servidor] de los dioses: «Has de saber que yo no cambiaría mi mísera suerte por tu servidumbre. Prefiero seguir a la roca encadenado antes que ser el criado fiel de Zeus». [Esquil, *ibid.* v. 966-999.]

Prometeo es el santo y mártir más ilustre del calendario filosófico.

Nietzsche llegeix Epicur

F. Nietzsche: *La gaia ciència*, trad. Joan Leita, Ed. Laia, Barcelona, 1984.

375. Per què semblen epicuris. Som prudents nosaltres, els homes moderns, envers les darreres conviccions. La nostra desconfiança està a l'aguait pel que fa als embadaliments i als enganys de la consciència que rau en tota fe vigorosa, en tot si i en tot no incondicionals. ¿com s'explica això? Tal vegada pelfet que hom pot veure en això, en una bona part, la precaució de «l'infant que s'ha cremat», de l'idealista desil·lusionat, per bé que, tocant a una altra part que és millor, hom pot veure també la festiva curiositat d'un individu que antigament es trobava en un racó i que, a causa del seu racó ha arribat a la desesperació, alhora que des d'ara, en oposició al racó, es complau i s'esborgeix en allò que no té fronteres, en allò que és «lliure en si mateix». Amb això es configura una inclinació quasi epicúria pel coneixement, la qual no vol deixar escapar a baix preu el caràcter d'interrogació propi de les coses. Igualment es configura una repugnància pels grans mots i

els grans gestos en moral, un gust que rebutja totes les contraposicions pesades i rotundes, alhora que és conscient amb urc de la seva exercitació pel que fa a la reserva. Això constitueix, en efecte, el nostre urc aquella tensió de la brida quan sentim l'impuls devers la certesa que ens empeny cap a endavant, aquell autodomini del genet en la seva cavalcada més salvatge: tant ara com abans, efectivament, tenim entre nosaltres animals frenètics i fogosos, alhora que quan vacil·lem, no és si més no el perill allò que ens fa vacil·lar.